

Lógica del silencio versus silencio del discurso -o la (anti)parafernalia de la última clase

Román Reyes

Universidad Complutense de Madrid

Estamos nuevamente al final de una etapa, que no es otra cosa que la pretendida ficción del cierre de un ciclo, que deja paso -incómoda cesión de un sitio, un frágil plano provisionalmente reservado para la arrogancia de la mostración- a un-otro obligadamente competitivo, expectante y al acecho, la más peligrosa y arriesgada de las alternativas posibles.

Uno no puede evitar mucho antes que el sonrojo -porque la vergüenza es algo que desde los orígenes los dioses nunca ocultaron- el llanto solapado, la tristeza cómplice de un adiós a medias, de un jugueteón hasta luego en la próxima esquina, en el próximo baT, en el más cercano semi-público césped, ante la mirada vigilante de un agente, siempre normalizador y reiterativamente «de turno».

La otra -la emulación de la vergüenza- ha sido hasta ahora la máscara del débil, un juego de fuerzas entre un yo-reprimido/oculto tras la mediocre y monótona uniformidad y un descarado yo que esconde su identidad/ sus señas de re-conocimiento/(auto-hétero) catalogación/(pseudo)estima.

Jugar a lo que no-se-es, sencillamente es absurdo y -algo más- ridículo. Jugar, por el contrario, a lo que uno-crea-ser -lo que los demás dicen-que-uno-es-, ni siquiera alcanza la categoría de lo irónico.

La recomendación, pues, más audaz para el moderno hombre más inteligente sería esta: no juegue usted absolutamente a nada. Si le obligaran a ello, represéntese sólo a-símismo ante-sí-mismo. Es ésta, sin duda, la mejor forma de, comprendiendo a los otros, explicarse a uno mismo con un nivel plausible de certeza.

Uno no puede evitar la sensación de ruptura burlona con un tiempo peligrosamente sacralizado por ese cómplice, local y puntual uso particular que de él hayamos hecho, o por el anti-uso de un tiempo que en solitario ha registrado el opresivo desplazamiento de un/ mi entorno competitivo y excluyente, la ficha -en última instancia- que de mí hayan hecho mis horrores, grandes/pequeños, provocadores/seductores vicios, los desechos de mi cuerpo al desnudo con/sin su correspondiente ropaje psico-social, para-simbólico, extramundano: viejas/recuperadas, en definitiva, adquisiciones del espíritu.

Un uso-particular, porque no elegimos ese espacio, ni -caso de poseerlas- las determinaciones que lo aíslan asignándole un sentido y una no menos complementaria significación:

El espacio que con tanta ilusión esperábamos sólo estaba en nuestra imaginación, sólo pertenecía al reino de nuestros más íntimos sueños.

Fuisteis por mi parte objeto de un cómplice juego burlón, de un justificado engaño noble/erudito, gratificante más allá de la repugnancia, más acá del hastío, de no se sabe siquiera dónde ni de qué. El extravío fue en mí norma y vosotros lo convertisteis en método.

El desencanto -partir de un nivel de ignorancia para situarse en otro objetivamente superior- resultó paradójicamente necesario para que, al menos, tomáramos conciencia de nuestra miseria, de los lejanos y difusos límites de nuestro vacío: terminamos por fijar un provisional tope /umbral de lo posible. Y, al menos esto, ha merecido la pena.

Y todo ello ha supuesto también otra paralela toma de conciencia de nuestra capacidad de, nuestra disposición /apertura-para abarcar/ anular -ocultar, simularla totalidad de la realidad contingente -vale decir, la nuestra-, pero apuntando demasiado-alto/suficientemente-profundo: hacia la realidad latente, no menos humana -porque la voluntad de ser heréticos, ya que ahora-no de ser como dioses, continúa-, realidad sub-yacente aún por ello no-registrable, no-nombrable como actividad genuina de un ser-viviente que se precie, se considere y se sepa hombre en un semi-confortable restringido espacio/contexto/plano -más bien, abismo-igualmente humanos.

Correr-un-velo es ocultar lo presente. Hacer una-foto es, por el contrario, ocultar lo ausente. Anotar-un-texto es, en definitiva, ocultar también algo: el silencio. Es ésta una legendaria vocación de in-mortalidad, proyecto que jamás entusiasmará a humano alguno. La lógica-del-silencio determina el proceso general de producción del que no se excluye la productividad teórica.

Uno siente un cierto estremecedor pánico ante cualquier posible fijación: temor-ytemblor frente a lo desconocido, amenaza de anulación de una secuencia, de un conjunto (pseudo)armónico de las secuencias que han ido definiendo la vida de un hombre.

Es mejor dejar pasar el tiempo: me gusta que todo -nauseabundo- pase ante mí, discurrir por senderos difusos, caminos que a ninguna parte conducen; me gusta que todo se muestre cambiante ante ese espectador, a su vez cambiante, a quien tiempo ni oportunidad le quedan para sentirse ocioso.

Un espectador-actor en un teatro multidimensional en donde los papeles se han invertido: en realidad quien ha discurrido en/por el escenario, quien ha creado escena fue un despistado vagabundo, un orgulloso/mezquino espectador-del-esperpento.

La muerte -cosa de poca importancia, cuento extemporáneamente inventado- sigue estando en nosotros: los-otros dicen nombrarla, refiriéndose a la muerte que transcurre en/por los intra-mundos de mi propia existencia. Existir es precisar/negar la oscuridad de ese tránsito: reiterativamente de lo uno a lo mismo.

Los-otros nunca mueren: hablan, sí, de mi muerte -es su ocupación por excelencia, su más macabro juego-de- palabras-. Nosotros nunca llegaremos a tiempo de narrar ese discurso ajeno de la muerte.

Las clases -cualquier sistemática provocación académica- fueron ventanas abiertas a un campo misterioso: mirar por ellas hacia ese campo es aceptar mi juego, perdiéndose más allá de la propia casa, del dominio de lo privado. Pero más allá -un arriesgado y atrayente viaje que necesariamente tiene a (taca por destinos sólo hay incertidumbre y desolación, sólo abandono y desencanto, pero -allí donde la mirada se clava, donde la mirada penetra- también hay transformación de la nada en todo, de un sueño-público en un proyecto-público. Elitista reflexión-erudita que las aulas propician, que -de no caer en la más vergonzante contradicción- habría de conducir a la acción sistemática, dispersa y mundana, más allá de la estrechez de la Academia.

He ido contando un sugestivo cuento que a corto plazo no tiene final. El cuento lo habéis aprendido a medias; lo habréis, en consecuencia, asumido como vuestro para, a su vez, poder contarlo de diversas maneras, en las más dispares circunstancias, ante los más heterogéneos auditorios.

Lo importante es que el discurso de la fabulación continúe, que la vida no se detenga en los textos, en la inflexibilidad y el dogmatismo de un corpus teórico previamente definido, de un esquema conceptual acotado con antelación.

Terminamos, en definitiva, por aislar la muerte -y esto relaja nuestra tensa expectativa- en esta ficción intelectual, en este tétrico (pseudo)laboratorio -«altamente cualificado»- haciéndola pasar por un riguroso oficio/ ritual de iniciación al caos. La vida, por ello, en tanto que negación de lo que tan fácilmente deja aprehenderse -la anunciada desestructuración de lo posible-, continúa fuera. Dejad que el discurso de los muertos relegue a éstos en el olvido que les es propio.

El silencio al que se me condena es por naturaleza in-articulado, no menos codificable que aquél en donde os dejo, al que yo también os condeno.

El secreto es algo que pertenece a la estructura del medio y a la función (pseudo) principal, (pseudo)irreemplazable -no transferible- que en él creamos jugar-cumplir.

Es, no obstante, importante/necesario y recomendable -cordial y afectuosamente recomendable- reservarse para ocasiones íntimas, no más reservadas que la noción misma de intimidad

Es decir, lo que, aparentándolo, es -aunque nos pese- de riguroso y vergonzante dominio público, ciertamente no reconocido ni deseablemente re-conocible.

El secreto es creer ocultar lo privado simulando lo público.

La simulación de lo público es un comprometido secreto « a voces» , algo que todo el mundo sabe que conoce y que los demás asimismo controlan al menos al mismo nivel teórico que nosotros, pero de lo que jamás nos atreveríamos a hablar.

La infracción, el pecado, nombrar lo prohibido es, sin embargo, «hacer presente» la prohibición y someterse, en consecuencia, al castigo correspondiente.

Es así como me descubro equivocándome... Es así como me descubro pensando... Es así como me descubro pecando... Es así como me descubro produciendo... Es así..., luego, sigámoslo haciendo lo más consciente y alevosamente posible. Desde san Agustín hasta Marx -es decir, a lo largo y sin excepción del desarrollo y consolidación de nuestro histórico pensamiento occidental, cristiano-mediterráneo- la recomendación ha sido siempre la misma:

Si quieres sentirte lo que eres, asume la negación de lo que nunca vas a llegar a ser; sé simplemente un-ser-contingente/imperfecto. Vale la pena saberse simplemente hombre cuando quedan ya pocos y resentidos, competitivos y orgullosos dioses.